

Salvatore Scibona  
El voluntario

Traducido del inglés  
por Ramón Buenaventura

**Alianza** editorial

Título original: *The Volunteer*

Originalmente publicada por Penguin Press.

Esta edición se ha publicado por acuerdo con MB Agencia Literaria SL y The Clegg Agency, Inc., USA.

Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía de Beowulf Sheehan

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..



Copyright © Salvatore Scibona, 2019

© de la traducción: Ramón Buenaventura Sánchez-Paños, 2021

© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1362-271-2

Depósito legal: M. 3.731-2021

Printed in Spain

*Para Jennifer Sprague y Philip LeCuyer*



¡Yo soy Nadie! ¿Quién eres tú?  
¿Eres —Nadie— también?

EMILY DICKINSON



Hamburgo





2010

El chico llevaba una parka negra, una gorra a juego, vaqueros y zapatillas; quizá tuviera cinco años; y lloraba.

Estaba en la Puerta C3 del aeropuerto de Hamburgo-Fuhlsbüttel, de pie, con los acolchados brazos colgándole de los hombros. Hablaba entre sollozos —sin gritar ni suplicar, solo dirigiéndose a un auxiliar tras otro—, pero nadie lograba averiguar qué idioma empleaba. Se parecía algo al polaco. El revoltillo dialectal de una ciudad que diez imperios diferentes habían capturado, de camino hacia algún otro sitio.

Hacía menos de una hora que el vuelo de airBaltic había descargado a sus pasajeros en una puerta cercana. Dado que el vuelo procedía de Riga, podía ser letón lo que hablaba el chico. Pero cuando se materializó ante el mostrador de la C3, el avión de Riga ya no estaba en la terminal, y no quedaba ningún empleado de airBaltic en la puerta ni en ningún otro sitio del vestíbulo. El niño miraba a los empleados de detrás del mostrador, explicando su caso incomprensiblemente, mientras doscientos pasajeros lo miraban a él, hipnotizados, haciendo cola para el vuelo 531 a Ámsterdam.

Podría haber sido lituano.

Al poco tiempo, el chico casi dejó de articular palabras; se limitaba a señalar las puertas C1 y C2. Pero su cuidador —en cuya búsqueda media docena de empleados de Lufthansa y varios pasajeros se habían puesto a registrar las cabinas de fumadores y los servicios, y a quien llamaba en alemán la megafonía del aeropuerto— no aparecía por ninguna parte en la zona baja del vestíbulo.

*Je m'appelle Laurence. Comment t'appelles-tu?*

*Ich heiÙe Elisabeth. Wie heiÙt du?*

Pero nadie conseguía que el chico revelara nada parecido a un nombre. Y algunos de los adultos que lo rodeaban empezaron a pensar que su apremio no hacía más que empeorar la angustia del chico. Cada pregunta obtenía menos respuesta.

Una enfermera de Kazajistán se acuclilló junto al chico, acariciándole el cabello, pero él siguió llorando. El chaquetón no le quedaba bien: los puños no le llegaban a las muñecas. La guata asomaba por varios rotos que alguien había tratado de cerrar con cinta aislante. Una empleada de Lufthansa —cuya edad (unos sesenta años) y cuyo vasto y luminoso peinado parecían ponerla al mando— probó con el inglés, el ruso y el holandés para conseguir un nombre. Pero a la enfermera kazaja le parecía que el chico sí *sabía* que le estaban preguntando cómo se llamaba, y que, en la pesadilla de su presente, retener el nombre era lo único que lo mantenía al borde del abismo hasta el que había resbalado. El chico señaló con un dedo doblado el laberinto del resto del aeropuerto, como buscando un paso en falso. Dejó que la enfermera le cogiese la mano llena de mocos. Las llevó a ella y a la empleada de Lufthansa por el pasillo abarrotado de gente.

Un joven estadounidense que dijo ser técnico de emergencias médicas preguntó:

—¿Podría el chico soplar en esta bolsa? —Y añadió en español—: *¿Quieres hablar conmigo, hermano?*

La empleada de Lufthansa dijo, muy categóricamente:

—No, es un *Estländer*.

Pero solo estaba figurándoselo.

La megafonía repitió en inglés:

—Terminal 1, un niño en Objetos Perdidos.

Pero el chico siguió adelante, incongruente: un cuerpo automatizado con un propósito, era como si acercándose lo suficiente a él pudiera uno oírlo hacer tictac, y sin embargo bajo la gorra ladeada su rostro era una anarquía de guiños espasmódicos y sorbidos de nariz. El pecho se agitaba dentro de la pequeña parka. La enfermera trató de bajarle la cremallera. Pensó que el niño debía de tener un calor tremendo. Pero él se apartó nada más tocarlo ella. Era increíble que una sola cabeza pudiera contener tanto líquido; llevaba muchísimo tiempo llorando, sin beber nada. La enfermera y la empleada de Lufthansa lo metieron en el servicio de señoras para proporcionarle toallitas de papel.

Cuando salieron, el chico no permitió que lo cogiera de la mano ninguna de las dos mujeres. La retiró cuando lo intentaron, y señaló primero a un lado, luego a otro, hasta que ellas empezaron a percatarse de que a fin de cuentas no estaba recordando sus pasos. Estaba tanteando en un laberinto. Buscando un padre o una madre. Y no quería que ninguna de esas dos extrañas lo ayudara. Pero sí esperaba que permanecieran cerca.

Junto a la cafetería, había una señora holandesa sentada en su maleta —todas las sillas estaban ocupadas por otros viajeros— que se quedó mirando al chico cuando pasó con las dos mujeres en pos, esquivando gente por el corredor. Llevaba chaquetón de poliéster, blusa de seda, zapatillas de deporte.

Quedó igual de atrapada que los demás, siguiendo los pasos del niño con los ojos muy abiertos, entregada. Pero, a diferencia de los demás, se agarró a la cosa en la que estaba sentada, como queriendo que su cuerpo no se pusiera en pie. Observando. Observando.

Llevaba el pelo afeitado en un lado de la cabeza. El resto era blanco.

A ELROY HEFLIN LE CRECIÓ EL ESQUELETO sus tres últimos centímetros cuando salía de la cárcel de Los Lunas, a los veintiún años. Después vinieron dos años de rastrillar asfalto caliente en Kansas, Nebraska, Maine; amontonar cereales de desayuno en tiendas de comestibles; trapichear heroína, cristal; consumir; dormir en albergues o en la calle; vientos brutales, de los que se te meten en el cuerpo como malos pensamientos; quitarse el mono, sin metadona, sin programa; múltiples infecciones resistentes a los antibióticos por heridas en el cuero cabelludo; ir dando tumbos por la nieve en dirección al cobijo de una iglesia, en cuya oscura entrada había una figura corpulenta que alzaba las manos como bendiciendo, y que en la mente de Elroy, distorsionada por el alcohol, adoptó la forma de su padre —su esperanza llegó incluso a añadirle la cara del viejo—, hasta que la figura se resolvió en un segurata con la cara enrojecida que le soltó «Vuelve cuando se te haya pasado la trompa», empujándolo hacia la oscuridad; entonces vino el primer directo de Elroy a la cara, rompiéndole una ceja, rompiéndole la nariz al muy hijoputa, sangre en el hielo, como una burla que lo hizo patear el cuerpo cerduno cuando cayó al suelo, haciéndole chillar y suplicar, mientras le gritaba «Entro cuando me dé la gana, nadie me va a dejar fuera»; todo ello seguido de una segunda y más prolongada estancia en la cárcel, antes de enrolarse en el ejército, tener un sitio fijo donde dormir y empezar a poner verdadero orden en su mierdosa existencia.

Poco después lo destinaron a una Oficina de Cooperación Militar agregada a la embajada estadounidense en Riga, cuando Letonia se preparaba para ingresar en la OTAN. Aquella fue una buena época. Todos alojados en un hotel de tres estrellas

—un palacio del siglo XVIII recién rehabilitado con capital sueco— que el Ejército Rojo había utilizado como cuartel durante cincuenta años.

Su oficial al mando comía trucha ahumada sobre una espesa rebanada de pan de centeno en el comedor del hotel.

—Quiero situarte un poco —dijo—. ¿De dónde eres, Hefflin?

—De Nuevo México, señor —dijo Elroy.

—Siéntate. ¿De dónde, de Albuquerque?

—De Las Cruces, señor, un sitio llamado Ramah, otro sitio sin nombre al oeste de Vado, en el condado de Doña Ana.

La mesa estaba puesta para una comida de las que hace la gente que nunca tiene que lavar los platos. Siete cubiertos de plata, cinco piezas de porcelana, servilleta de lino, cuatro copas de diferentes formas, puestas en fila, resplandecientes, vacías, azuladas.

El comandante se sirvió café.

—Imagínate una base rusa en pleno centro de Albuquerque. Campesinos con uniforme soviético comiendo en la hamburguesería Lotaburger. Tú eres uno de ellos. Tu lado ganó la Guerra Fría sin disparar un tiro. ¿Cómo te sientes?

—El gallo del corral, señor.

—Y con razón. Pero más vale que no te comportes como tal.

El comandante le explicó que las chicas de la localidad se vestirían en plan provocativo. Elroy no debía permitir que los demás reclutas se hicieran una idea equivocada. Con la edad que él tenía, era probable que los más jóvenes le hicieran caso en todo. Los hombres interpretarían esa manera de vestir como una invitación a dar un paseo juntos. Para las chicas, lo que eso quería decir era «Así es como vestimos en Europa, ¿vale? O sea que quietas las manos». Los hombres solo van a permanecer aquí durante ocho meses. Las chicas letonas lo que quieren es casarse, como todas las chicas.

A Elroy le pareció muy bien lo que oyó. Era consciente de haber pasado a formar parte de los hombres casaderos. Y al cabo de un par de meses ya tenía una novia furtiva. Las miraditas, la toma de contacto, todo fue facilísimo. No como en casa. Estaba tomando una copa con unos compañeros en el Old City, un café de una calle empedrada en la que apenas cabía un caballo gordo. Y la camarera les trajo fresas y unos bollos que no habían pedido. Quería practicar su inglés.

En la cama, la chica le preguntó:

—¿Cómo es que te gusta tanto mi oreja?

Tenía un sabor raro. No ponía mucho empeño en lavársela. Elroy tenía un pedacito de la Unión Soviética ahí mismo, en la boca. Sabía a sudor, a sebo, a perfume de limón.

—Hace veinte años —dijo— me habrían mandado aquí a violarte y luego quemar tu casa.

—Tonterías —dijo ella, pasando páginas de una revista de viajes—. No teníamos casa.

Cuando despertó en el apartamento de una sola habitación, Elroy descubrió que la chica estaba limpiándole los zapatos con saliva y un calcetín. Más de una vez se ofreció a hacerle la colada. No, gracias, contestaba él. No le hacía gracia que una mujer tocara su ropa sucia, que oliera su mal olor y sus escurriduras.

Viento frío y húmedo, aguanieve a continuación. Domingo. Compró dos paraguas, uno para ella, otro para él. Pasaron por el distrito Art Nouveau, y ella le mostró los tortuosos rostros de piedra que había en el frontón de la Facultad de Derecho. Coincidieron con una misa en la iglesia católica, y ambos, por mala broma, se acercaron a comulgar, a pesar de los juegucitos de la noche anterior. Elroy no entendió lo que decía el cura, aunque en su mayor parte sí que lo entendió. Una misa es una misa, en todas partes. Miró los murciélagos que colgaban de las vigas altas y habló con el Dios del lugar. Le preguntó a la chica si podía conocer a sus padres, pero ambos estaban muertos.

Se llamaba Evija.

Pensó pedirle que se cortara un poco con el maquillaje; pero respetaba las culturas ajenas. Antes de terminar su periodo de destacamento, la dejó preñada. Él quería casarse, pero ella todavía no. Y por mediación de una cadena de decisiones tácticas subsiguientes, todas ellas razonables en sí mismas, pero no guiadas por una visión estratégica, se encontró cinco años más tarde estacionado en Afganistán y enviando un tercio de su paga a un banco de la antigua Unión Soviética para manutención de un niño a quien veía unas dos veces al año. Y mientras tanto Evija salía con un maricón de teatro ruso y le escribía correos a Elroy pidiéndole el número de su tarjeta bancaria. Quería llevar al niño a un crucero por Noruega. Él pidió consejo al oficial jefe de su nuevo pelotón —que esta vez era un hombre mayor, con experiencia y formación—: ¿No sería imprudente enviar ese número, por lo que podía pasar si alguien interceptaba el mensaje?

Su oficial le dijo:

—Cabo Heflin: ¿un puto crucero?

Le contestó por email que no pensaba pagar el crucero. Luego estuvo unos meses sin saber nada de ella. Para obligarla, dejó de enviarle dinero. Luego, durante un permiso en Nuevo México, recibió un email diciéndole que, *Por circunstancias de su vida personal*, Evija se mudaba a España; no se llevaría al niño; su familia tampoco se haría cargo de él; y ya solo quedaba Elroy; o sea, que a ver cuándo venía a recoger al niño, a Janis; y lamentaba mucho las prisas, pero que fuera antes de un mes.

El ejército acababa de ascenderlo a sargento. Se había hecho más corpulento, más salvaje. Se instaló delante del ordenador en el complejo para jubilados donde vivía su padre, en las afueras de Los Álamos, comiéndose una ciruela. La ciruela explotó en los dientes de Elroy y le llenó la camisa de zumo. No se dio cuenta. Estaba derramando lágrimas... ¿De qué? ¿De gra-

titud? Él quería que fuesen lágrimas de gratitud, sí. Y rio, alto y libre. A la radiante pantalla le dijo: «Que me aspen».

DOS DÍAS MÁS ADELANTE —sin tener claramente previsto quién se ocuparía de Janis cuando Elroy se incorporara a su nuevo destacamento, y quedando por averiguar la situación del muchacho como inmigrante, y sin disponer siquiera de un colchón inflable donde pudiese dormir—, Elroy estaba esperando en su antiguo lugar de encuentro con Evija, un café de la Stabu *iela*, calle Stabu. Era rubio y de ojos pequeños, como la gente del país, y la camarera le plantó los menús delante y le lanzó un chorro de palabras en letón. Él replicó con una frase que Evija le había enseñado a pronunciar sin trastabillarse: «Tengo que pensármelo un poco, si no le molesta».

Evija iba a venir con el chico. Y luego ¿qué? Elroy no lo sabía.

Su situación en un lateral del café le permitía observar el vestíbulo acristalado, por donde entraban los parroquianos, manteniéndolo a cubierto de las miradas indiscretas desde el comedor principal. Si se veía obligado ahora a expresar sus sentimientos, que así fuera. Pero no tenía por qué ser con público. Permaneció sentado, inmóvil, con las manos cruzadas bajo la mesa, esperando. No había dormido en ninguno de los vuelos, en ninguno de los aeropuertos, desde Nuevo México hasta aquí. Tenía la cara salpicada de pequeños sarpullidos. El aire del avión le había resecaado los ojos. No tenía por qué expresar sus sentimientos ante el público. Pero si salían disparados de su tronco cerebral y empezaban a rebotar en la tapa de sus sesos, entonces, ¿tan infantil sería que quisiera que allí estuviera una mujer y que esa mujer no mirase hacia otro lado?

Miró su reloj. Había pensado sobornar a Evija con unas flores, pero lo que fuese que quería de ella no podía comprarlo. Si



no se lo entregaba gratis, no lo quería en absoluto. Señalando el menú, pidió un vaso de soda, y cuando se lo trajeron se ocultó detrás de una maceta de ficus, se vertió un poco de líquido en la mano y se restregó con él tanto los ojos como la parte de detrás de las orejas. Recuperó la postura, tranquilo, con esperanza.

Cada vez que había venido a estar un tiempo con Evija y el chico, Riga le había parecido más limpia, más rica, y los coches más nuevos. El ruso se mantenía aparte durante las visitas de Elroy. Evija insistía en que el ruso era un homosexual común y corriente, necesitado de una chica para mantener las apariencias, y que nunca lo había besado en la boca.

Preparaba panqueques de patata para Elroy y el chico, que aborrecía la crema agria, la compota de manzana, cualquier cosa que se le presentara como condimento. Son retorcimientos del hábito que evolucionan hasta hacérsenos permanentes. De niño, Elroy siempre prefirió dormir en sábanas muy ceñidas, que llegaban a acalambrarle los dedos de los pies. Esta preferencia lo había llevado a sentirse cómodo en las austeridades del entrenamiento básico —te destrozan, te reconstruyen, deprisa, más fuerte—, y a descubrir que tenía talento para destruirse, talento para el olvido. Y también talento para seguir el impulso de matar.

Solían comer los tres en el balcón del apartamento de Evija, que ella llamaba «nuestro», incluyendo a Elroy y Janis. Le había enseñado inglés al chico y ese era el único idioma que utilizaba cuando venía el padre, para que Janis pudiera practicar. Le faltaba mucha fluidez en inglés, algo en lo que ambos padres estaban de acuerdo. En aplicación de alguna norma que él mismo se imponía, en inglés solo se dirigía a ellos dos, sin dejar nunca de ruborizarse.

En el café, Elroy estaba pidiendo un plato de higadillos de pollo cuando una arpía apareció en la entrada, dirigiéndose en

tono áspero a lo que parecía ser un perro de rastreo, aunque quedaba oculto a la vista por la parte baja de las mesas.

La camarera se ausentó. La arpía miró una foto y escudriñó el recinto. Y Elroy echó cuerpo a tierra.

No llegó a apartar el trasero del asiento, pero sí apoyó las manos en el suelo, agachando la cabeza hasta situarla debajo de la mesa. La madera del suelo resplandecía por el barniz. Le faltaba la respiración. Creía haber visto algo sin llegar a saber qué. Como apartas la mano de una sartén caliente antes de sentir la quemadura. Había abatido entre cuatro y siete enemigos sin llegar a sentir el espanto inconsciente del momento actual.

Al final se obligó a levantarse del suelo. La mujer se ajustó el deshilachado chal, mirando en torno. El perro que la seguía era Janis, haciendo un denodado esfuerzo por superar el peldaño de la entrada con una maleta de ruedas hecha para un niño mucho más grande que él.

Elroy dijo en letón:

—¿Señora?

Y la saludó con la mano.

No había venido Evija. Había enviado a esa emisaria, a esa arpía en su lugar: a su casera, de hecho, ahora la reconocía.

Si de la mujer y de Janis hubiera dependido, el traspaso habría durado quince segundos. La casera miró la foto —de Janis y Elroy semidesnudos en la playa de Jurmala, al año anterior— y le dijo al chico que se sentara a la mesa. Pero él ya se había acercado a su padre y estaba aupándose a la silla de al lado.

El chico le dijo a la mujer, en letón, que ya podía marcharse —utilizando la frase con que su madre le daba permiso para levantarse de la mesa después de cenar—. Pero Elroy quería que la mujer le dijera qué hacer.

—¿No tiene usted nada que entregarme? —le preguntó.

La mujer dio instrucciones al niño y este asintió con la cabeza. Y cuando Elroy le preguntó, el chico le tradujo en un susurro

lo que le había dicho, que no fuera a perder los papeles que llevaba en la bolsa.

Elroy miró a la mujer mientras esta se alejaba. Sintió un calor en lo alto de la pierna. Era la mano izquierda del muchacho. La otra mano la estaba utilizando para pasar las páginas del menú, mirando las fotos de los distintos platos. Elroy canceló los higadillos y se marcharon del local sin comer nada.

Fueron al aeropuerto en autobús. Elroy le abrochó el cinturón al chico en el vuelo a Hamburgo.

De Nuevo México se había traído un libro de colorear y un lápiz de cera. El chico agarró el lápiz con todos los dedos, sin más, mientras Elroy le enseñaba a no apretar demasiado, para no gastar tanta cera. Y, sin embargo, el lápiz solo tardó un momento en partirse en dos entre sus manos. Y el chico levantó la vista asustado, temblándole los labios, como a punto de recibir unos cuantos azotes.

EN HAMBURGO, recién desembarcados del avión, Elroy llevó al chico a un servicio de hombres y le llenó de dinero el bolsillo del chaquetón.

—Ha sido sin querer —dijo Janis—. Siento haber roto el lápiz.  
—¿Dónde guardas mi reloj? —lo cortó Elroy, mientras volvía a pegar la cinta que sujetaba el abrigo del chico. Necesitaba un momento para pensar a fondo las cosas. Diez minutos, quince. Tendría que comprarse un libro sobre cómo ser padre. Tendría que elaborar una lista de víveres como cereales, ocuparse del seguro médico, los antihistamínicos. El chico era alérgico a los pelos animales, y la perra del padre de Elroy tenía el apartamento literalmente cubierto de pelos. Elroy necesitaba un momento entre bastidores, sin el chico mirándolo, para luego poder dar la impresión de saber qué puñetas estaba haciendo. Necesitaba papel y lápiz.

—El reloj lo llevo en el bolsillo del pantalón —replicó el chico—. Lo siento.

—Como vuelvas a decir lo siento te voy a dar motivos para sentirlo de verdad —le dijo Elroy.

El chico levantó la mirada, con las caderas cubiertas en suspensión sobre el asiento del váter.

—Anda, sí, llora un poco —dijo Elroy—. ¿A qué hora te vengo a buscar?

Janis mostró el índice y el pulgar.

—A las dos —dijo.

Elroy salió de la cabina. Le dijo al chico que echara el cierre. Oyó un esfuerzo y luego el deslizamiento del pestillo. Salió del servicio, poniendo cuidado en moderar el paso entre la demencial estampida de europeos que se abalanzaban sobre él, adelantándolo por ambos lados. El pasillo apestaba a grasa de cocina quemada. Dirigió sus pasos hacia la Terminal 2, arrastrando su maleta y la del chico. Las ruedas dentadas de la maleta pequeña lo estaban sacando de quicio, porque hacían que la maleta se volcara a un lado cada dos por tres. Estaba arrastrando del revés la más pesada. Luego la levantó por el respaldo, que no era retráctil. Desperdió cinco minutos solo en buscar un reloj, mientras iba alejándose cada vez más del servicio de hombres donde le esperaba el chico.

Para poder pensar, Elroy necesitaba comprar un lápiz. Perdió otros diez minutos en la Terminal 2 buscando un quiosco. Cuando lo encontró, se dio cuenta de que, por alguna razón que no se le alcanzaba, le había dejado todo el dinero al chico. ¿Por qué había dejado al chico con tanto dinero? No lo sabía. Y ahora el quiosquero, que le habría aceptado dólares si los hubiese tenido, se negaba a permitirle pagar una compra tan pequeña con tarjeta. Por la megafonía del aeropuerto dijeron en alemán algo parecido a «hay un jardín de infancia en una de las puertas C». Elroy estaba siguiendo

un plan, evidentemente de su propia creación, pero no conocía su objetivo.

Su conexión con Londres empezaría a embarcar en tres minutos. Ya eran bastante más de las dos. Dio media vuelta para encaminarse al servicio de la Terminal 1, con idea de cogerle un poco de dinero al chico, comprar el papel, comprar el lápiz, sentarse un momento, pensar, volver a recoger al niño y llegar a la puerta de embarque antes de la última llamada. Iba a tener que organizarse una agenda, como cuidados diarios, clases de catecismo, peluquero. ¿Cómo podía habersele ocurrido dejar al niño con todo el dinero? La megafonía dijo algo en inglés, como que en la Terminal 1 había una oficina de objetos perdidos. Algo en objetos perdidos. Se detuvo a escuchar.

A sacudidas inexorables, la escalera mecánica arrastraba al piso de abajo a los pasajeros de llegadas.

Se dio la vuelta. De nuevo en dirección a la puerta de Londres, arrastrando las maletas. Como un barco que sigue moviéndose con el ancla a rastras. Llevado por el viento. Rodeado de agua por todas partes. Te cuesta un rato darte cuenta de que vas en la dirección equivocada.

JANIS ESTABA SENTADO EN UNA HABITACIÓN PEQUEÑA, un despacho situado en algún lugar del aeropuerto. Tenía alrededor tres alemanes bondadosos, hablándole en tonos suaves. Chocolate caliente encima de la mesa. Sabía que estaba en Alemania, de modo que debían de ser alemanes. Y de los alemanes sabía exactamente una cosa, un dicho que le había oído a un actor amigo de su madre, en Riga: *Un alemán puede parecerte buena persona, pero más vale que lo aborques.*

Que no te engañe el chocolate.

*No te cortes, llora,* le había dicho su padre. Y Janis lloraba.